

# **GABRIEL GARCIA MARQUEZ**

---

**VOZ VIVA DE AMERICA LATINA**

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO / DIRECCION GENERAL DE DIFUSION CULTURAL**

**UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA**



## PRESENTACIÓN

por Emmanuel Carballo

Gabriel García Márquez nació en Aracataca, Colombia, el 6 de marzo de 1928. Este pequeño pueblo que conoció durante algunos años el auge y la fortuna y después la ruina y la pobreza gracias a una compañía bananera que se instaló en los alrededores, está situado, cerca del mar y no muy lejos de la montaña, en una de las provincias que dan al océano Atlántico, Magdalena. Ausente de Aracataca desde 1940, y de Colombia a partir de 1954, García Márquez ha sabido permanecer fiel a su pueblo y a su país al escribir sus cuentos y novelas: Aracataca se transforma en Macondo, y allí, desde el momento en que nace para las letras hispanoamericanas, ha vivido y allí morirá, acompañado por los recuerdos de su infancia y por los sueños que ha soñado despierto y que le permiten conocer, como si fuera el oficial del registro civil, el paso del tiempo por esa desolada y mitológica aldea colombiana.

Próximo a la costa, este pueblo fue obviamente rico y caluroso. Digo fue, porque hoy está más cerca de la imaginación que de la historia. García Márquez, su biógrafo más esmerado, da primacía al contar su vida y milagros al calor sobre la riqueza. La temperatura tórrida, con sus numerosas implicaciones, es la escenografía en que se desarrollan la mayor parte de sus cuentos y novelas. La riqueza, que casi brilla por su ausencia, produce directa o indirectamente varios de los conflictos que se plantean en sus libros.

Nacido en el trópico y escritor de temas y hombres del trópico, García Márquez se conduce como escritor del altiplano. De un solo tajo, y desde abajo, ha cortado la exuberancia, esa planta que ahoga buena parte de la literatura hispanoamericana. Su retórica (y empleo esta palabra en su acepción exacta) es la austeridad. En unas obras más que en otras, restringe los adjetivos, expulsa las figuras innecesarias, adelgaza la prosa hasta que ésta se convierte en sinónimo de esbeltez.

En 1963, recién aparecida la primera edición mexicana de *El coronel no tiene quien le escriba* me dijo al contestar una pregunta que le hice sobre este tema: "Una de las cosas que ha demorado mi trabajo ha sido la preocupación de corregir el vicio más acentuado de la ficción latinoamericana: la frondosidad retórica. Es-

cribir ampulosamente es bastante fácil y, además, es tramposo: casi siempre se hace para disimular con palabrerías las deficiencias del relato. Lo que en realidad tiene mérito, aunque por lo mismo cuesta trabajo, es contar de un modo directo, claro y conciso. Así no hay modo ni tiempo de hacer trampas."

Lo que Colombia ofrece en este momento a la novela hispanoamericana se reduce a un solo nombre, el de Gabriel García Márquez. Eduardo Caballero Calderón, en quien se podría pensar a primera vista, pertenece a otra generación (nació en 1910), y sus obras recientes, *Manuel Pacho* y *El buen salvaje*, son si se les compara con las de García Márquez un tanto ampulosas por lo que toca al estilo y un tanto anacrónicas en lo que se refiere a la estructura. Se puede afirmar que Caballero Calderón sigue, quebrantándola, la línea narrativa que implantara José Eustasio Rivera. En otras palabras, es un epígono; García Márquez, que si a alguien recordase en la prosa de su país no sería al autor de *La vorágine* sino a Tomás Carrasquilla, da un paso hacia delante, paso en el que va implícito el desarrollo económico de Colombia, catastrófico por hemipléjico. Va más allá, donde terminan los caminos conocidos y empieza la aventura, porque ha sabido reunir, sin que se opongan y sí se complementen, el arte y el compromiso.

Su arte, que no desdeña la tradición, mira con nuevos ojos el mundo que lo rodea, y esta mirada rumiante (una y otra vez fija en los mismos seres, en los mismos problemas y en el mismo paisaje) descubre mediante dos mecanismos, el amor y el odio, un universo que como un caleidoscopio permite pasar de la realidad más opresiva (*La hojarasca*, *La mala hora*) a una realidad en que los hechos abandonan la lógica y son capaces de tales proezas que llegan a confundirse con la sinrazón y la magia (*Cien años de soledad*). Su compromiso, muy de nuestros días, le permite dejar atrás la literatura militante, las más de las veces ayuna de eficacia y pletórica de buena fe, y sentar las bases, junto con otros novelistas de su edad y de su mérito, de la nueva novela del continente americano, que ya no se propone ser ejemplar en ningún sentido, ni político, ni económico, ni moral, y sí ha dado muestras admirables de la actitud que ponen en práctica autores



como García Márquez, Fuentes, Vargas Llosa, Viñas y Cabrera Infante, actitud que parte del compromiso con el lenguaje, pasa por el análisis profundo de la realidad personal, se interna en el estudio de los mitos y profecías del mundo en que vivimos y llega a englobar la vida toda del continente, desde el nivel zoológico representado por los gorilas y toda clase de alimañas que le son adyacentes hasta el nivel en que la ciencia y la tecnología han ayudado y perjudicado a los hombres de esta región subdesarrollada del mundo. Lejos del comentario y la propaganda, estos novelistas, y sus hermanos mayores: Carpentier, Cortázar y Marechal, han dicho basta a la incompetencia y la demagogia y han echado a andar una novelística entendida como creación, como revelación y como lucha a todas horas y en todos los frentes contra las servidumbres y enajenaciones que vuelven intolerable la vida en este continente.

Hasta la fecha, García Márquez ha publicado cuatro novelas y un volumen de cuentos. La primera de las novelas la termina a los 19 años, en 1947, y la da a conocer ocho años después: se titula *La hojarasca*, y apareció en Bogotá, con pie de imprenta de las Ediciones S.L.B., el año de 1955. La segunda edición la hizo Editorial Arca de Montevideo en 1965. El siguiente título de su bibliografía, *El coronel no tiene quien le escriba*, es más bien una novela corta o un cuento largo que una novela de proporciones tradicionales. Terminada de escribir en París en enero de 1957, sale de las prensas de Aguirre Editor, en Medellín, el año de 1961. Las dos ediciones posteriores, de 1963 y 1966, corren a cargo de Ediciones Era de la ciudad de México. *La mala hora*, que obtuvo el premio ESSO 1961, se publica en Madrid, Imprenta Luis Pérez, "el día 24 de diciembre de 1962, víspera de la Natividad del Señor". En 1966, Ediciones Era la reedita precedida de una nota aclaratoria de García Márquez: "La primera vez que se publicó *La mala hora*, en 1962, un corrector de pruebas se permitió cambiar ciertos términos y almidonar el estilo, en nombre de la pureza del lenguaje. En esta ocasión, a su vez, el autor se ha permitido restituir las incorrecciones idiomáticas y las barbaridades estilísticas, en nombre de su soberana y arbitraria voluntad. Ésta es, pues, la primera edición de *La mala hora*." Después de cinco años de silencio, dedicados en gran parte a escribir una obra que alcanzaría casi las quinientas cuartillas, aparece en Buenos Aires, publicada por la Editorial Sudamericana este año de 1967, *Cien años de soledad*, la mejor novela de García Márquez y una de las novelas más hermosas dadas a conocer en lo que va del siglo en lengua española. El volumen de cuentos, *Los funerales de la Mamá Grande*, que recoge ocho narraciones, ve la luz en Jalapa, editado por la Universidad Veracruzana, en 1962.

En novelas y cuentos, García Márquez de tanto insistir y merodear en los mismos temas, en los mismos personajes y en el mismo paisaje ha dado a las letras hispanoamericanas lo que dio Faulkner a las letras de los Estados Unidos, un mundo novelesco autosuficiente y convincente. Para el lector de lengua española Macondo y un pueblo próximo y menos pequeño cuyo nombre nunca se menciona tienen el mismo interés, la misma prodigiosa diversidad, el mismo impresionante aliento que posee para el lector de lengua inglesa el condado de Yoknapatawpha. Macondo puede ser y es de hecho, en progresivos estratos de significación, un oscuro y miserable pueblo de la región de Magdalena, la gran

metáfora tras de la que se esconde Colombia y la invención mítica que reconstruye el pasado y el presente de la América Latina y avizora su porvenir incendiado por las llamas.

Después de la publicación de *Cien años de soledad*, la obra de García Márquez forzosamente tiene que dividirse en dos mitades: una que recoge los libros publicados antes de esta novela y otra que empieza con este libro y que contará como suyos los textos que publique después. Antes de *Cien años de soledad*, Gabriel García Márquez era un buen escritor, ahora es un extraordinario escritor, el primero entre sus compañeros de equipo que escribe una obra maestra.

Si Juan Rulfo encuentra a los principales personajes de *Pedro Páramo* (1955) después de que éstos han muerto, cuando el juicio particular (la novela es católica, apostólica y romana) ha dado a unos y a otros, las víctimas y los opresores, su ubicación ultraterrena definitiva, *La hojarasca*, también dada a conocer en 1955, recoge a sus héroes de la basura, de la descomposición progresiva de un pueblo, Macondo, sobre cuyo destino pesan terribles profecías, una de las cuales, la mayor, es la muerte: sus habitantes, en el momento en que da comienzo la novela, están pendientes del entierro de un hombre que se ha ahorcado y cuya muerte en cierta forma es un símbolo de lo que tarde o temprano sucederá a Macondo. Si Rulfo hace hablar a los muertos, García Márquez da a conocer las palabras postreras de los agonizantes. En cierto sentido, y hasta cierto punto, Comala y Macondo son dos pueblos gemelos en los que las palabras son murmullos, los hombres, sombras y las acciones principales, casi siempre, recuerdos de una época afortunada anterior al progreso y a sus consecuencias funestas.

*La hojarasca* es una elegía, un responso a tres voces, que toma como pretexto el suicidio de un hombre y el odio que el pueblo siente hacia su cadáver para referir la vida y los hechos sobresalientes de ciertos personajes que tienen que ver con los años difíciles, los de la fundación, el esplendor y la ruina de Macondo. La estructura, adrede caótica y laberíntica, cumple su función, apun-tala las bases en que se sostendrá, de aquí en adelante, el mundo narrativo de García Márquez, y ofrece la primera muestra del arte reiterativo, rumiante, de este autor que en el momento menos pensado salta limpiamente de la realidad a la imaginación, del realismo tradicional a un realismo hecho con los mejores elementos de la novela contemporánea, de la sencillez a la ambigüedad y aun al hermetismo. Quien lea con cuidado a García Márquez observará una línea, la más importante de su obra, que parte de este libro, continúa en dos cuentos de *Los funerales de la Mamá Grande* ("La siesta del martes" y "Un día después del sábado"), se detiene en un texto publicado en la *Revista Mexicana de Literatura* (mayo-junio de 1962), "El mar del tiempo perdido", y concluye, robustecida y magnífica, en *Cien años de soledad*. Esta línea se llama Macondo.

En la superficie, *El coronel no tiene quien le escriba* cuenta una historia en la que la dignidad del coronel sobrevive a la humillación. En un estrato más profundo, narra una anécdota que pudo ocurrir en cualquier lugar y época: la lucha sin cuartel y sin tregua que sostiene el hombre contra el transcurrir del tiempo. En el plano físico, el coronel combate contra la vejez y la enfermedad y, en



plano más intangible, contra la postergación de su persona. Esta postergación, que casi equivale a la muerte, le ayuda a recordar y revivir el pasado y a vivir con dignidad la hora presente. Una carta, que no llega a sus manos porque nunca será escrita, le permite oponer a la muerte las poderosas razones de la vida. Esta novela corta que es por su validez humana local, nacional y universal, pone de nuevo en ejercicio un viejo dilema: ¿la vida del hombre se llama esperanza o desconsuelo?

A diferencia de los novelistas de la generación precedente, García Márquez sirve al lector en cada uno de sus libros un platillo curioso y elaborado: si en última instancia su literatura es social y comprometida, a primera vista no lo parece, y no da esa impresión porque para cada una de las trampas que la vida tiende a la literatura tiene un ardid que le permite acercarse y no ser atrapado por ellas. Así, se acerca peligrosamente a la ternura y escapa a tiempo por la puerta de la ironía; se aproxima al documento, a la literatura de partido, y cuando es más fácil caer en la adoctrinación o en el panfleto, un giro imprevisto del estilo lo lleva a guarecerse bajo el toldo de la crueldad, de la aparente grosería (recuérdese la última línea de esta obra) o del escepticismo, actitud frecuente de sus personajes tras de la que se esconden el desencanto de sus esfuerzos revolucionarios. El coronel de este libro, como tantos otros coroneles resentidos pero estoicos que aparecen en casi todos sus textos (América Latina parece ser, para García Márquez, tierra de militares de graduación intermedia), sabe reírse ante el infortunio y sabe, también, usar la fantasía cuando se siente rodeado por la lógica implacable de las necesidades cotidianas. En esta novela corta el gallo de pelea es un símbolo polivalente que lo mismo representa la victoria que la derrota, la realización personal que la enajenación a un orden de cosas irremediable y sin sentido. Escritor que respeta en profundidad a sus lectores, García Márquez no se atreve a señalar con toda claridad cuáles son sus preferencias y cuáles sus antipatías. Si se le lee con atención se puede saber lo que piensa, pero también se puede averiguar lo que omite y deja a la capacidad del lector. Una novela suya se realiza y alcanza toda su significación en el momento en que se complementan el autor y el lector, es decir aquel que lanza la piedra y esconde la mano y aquel otro que al leer puede sumar las alusiones y las elusiones, los sonidos y los silencios, las pistas falsas y las pistas verdaderas.

Antes de *Cien años de soledad*, y por varias razones, el libro más redondo y sugerente de García Márquez es *El coronel no tiene quien le escriba*. Aquí brillan por su ausencia los adjetivos que no cumplen una función precisa, las palabras, los giros y las frases que alargan innecesariamente la extensión de la historia, las imágenes y metáforas que traicionan de un modo o de otro el contexto narrativo. En su obra, *El coronel* es como una línea recta, la distancia más corta entre dos puntos: el planteamiento de una historia y su desenlace satisfactorio.

En *Los funerales de la Mamá Grande* convergen los cuentos que tienen como escenario Macondo ("La siesta del martes" y "Un día después del sábado") y los cuentos que suceden en un pueblo como todos los pueblos, hipócrita, resentido, lujurioso, ávido de novedades y condenado a conocer únicamente los placeres devaluados de la rutina, un pueblo que más que pensar en el pasado

sueña en un futuro que lo compense de las privaciones, del aburrimento, de la tacañería de atesorar la vida que no ha consumido y que por miedo se niega a dejarla fluir con despilfarro, un pueblo que da a Dios lo que es de Dios, regateándose, y al gobierno la parte que le corresponde, un pueblo que si bien no conoce la felicidad tampoco se atreve a vivir en el desconsuelo, un pueblo, en fin, que acepta la dialéctica de la realidad hispanoamericana, que quiere progresar, que practica la política y se entrega a la politiquería y que periódicamente enciende la esperanza de una vida mejor sintiéndose solidario de las guerrillas, a las que, a su debido tiempo, denuncia y coopera a extinguir. A diferencia de Macondo, que vive en la leyenda, que cree en los milagros y en las catástrofes, este pueblo sin nombre, y no lo tiene porque así engloba en su realidad mezquina a todos los pueblos del continente, prefiere la historia al mito. Seis cuentos configuran la vida en este pueblo corrompido y desagradable: "Un día de éstos", "En este pueblo no hay ladrones", "La prodigiosa tarde de Baltazar", "La viuda de Montiel", "Rosas artificiales" y "Los funerales de la Mamá Grande." También suceden en este pueblo, dos de sus novelas: *El coronel no tiene quien le escriba* y *La mala hora*.

Los cuentos de García Márquez dan la impresión de ser fragmentos o capítulos que no encontraron acomodo en las novelas o que fueron escritos para iluminar la vida de alguno de los personajes o para precisar el sentido y el significado de ciertos sucesos que se cuentan en las obras de mayor extensión. Escritos a la manera tradicional, rompen únicamente con el pasado inmediato por dos sitios, aquel que tiene que ver con la sobriedad expresiva, con los silencios que en la obra de García Márquez son tan sonoros como las palabras, o quizá más, y están cargados de vida; el otro está ligado con la manera de crear a los personajes, los que son vistos a prudente distancia, actitud que les permite no entregarse totalmente a los ojos indiscretos del lector. Esta manera pudorosa de tratarlos, muy de nuestros días, evita que el autor se conduzca ante ellos con la omnisciencia un tanto pedante con que actuaban los narradores que más que prosistas se sentían representantes de Dios en la tierra.

Puede que una de las dos vertientes argumentales de su obra, *Los funerales de la Mamá Grande* es un libro compuesto por los saldos que se fueron acumulando en su mesa de trabajo y que, por eso mismo, no tienen el mismo valor que cualquiera de sus novelas. Además, García Márquez se mueve con mayor naturalidad y eficiencia en las narraciones extensas que en las breves, ya que domina mejor el análisis que la síntesis. La novela le permite usar, reunidas, todas sus cualidades y el cuento, en cambio, sólo le da oportunidad de emplear aisladamente sus recursos predilectos. El cuento que da título al volumen, "Los funerales", es un ejemplo de lo dicho anteriormente: al ser una caricatura feroz de la vida en Colombia y en América Latina, no tiene tiempo de equilibrar la mordacidad con la ternura, el realismo crudo y a ras de tierra con el realismo escueto, pudoroso e insinuante, que es la mejor arma que emplea García Márquez en sus novelas.

De todos sus libros, *La mala hora* es quizá el más apegado a la realidad certificada, es decir a la historia, y el que más lejos se encuentra de la fórmula en que puede encerrarse su literatura: la narración escueta que huye con igual vehemencia tanto de los



signos que delaten la realidad inmediata como de todo propósito didáctico o ejemplar. Esto no quiere decir, por supuesto, que huya de los problemas sociales y políticos, únicamente que los plantea de tal modo que no es él quien dictamina cuáles son, cómo se manifiestan y cómo pueden resolverse, sino el lector, a quien corresponde atar cabos, unir hechos, comprender a los personajes para así dar a la novela propósitos y significado. En *La mala hora* se invierten hasta cierto punto los papeles: al lector le corresponde actuar dócilmente, dejando a un lado su función de coautor de la novela y al novelista le toca asumir el papel del testigo que lo sabe todo y dice a cada momento la última palabra. Sin caer en la literatura de tesis, García Márquez abandona aquí parcialmente la actitud que consiste en mostrar un mundo y abstenerse de emitir juicios sobre lo que en él ha ocurrido: la manera de presentar al alcalde, de mostrarlo no como un hombre complejo sino como un comerciante que aprovecha la autoridad para enriquecerse, como un tipo más que como un personaje, es un ejemplo de cómo esta novela no cumple los postulados sobre los que están construidas *El coronel no tiene quien le escriba* y *Cien años de soledad*.

*La mala hora* ofrece al lector una serie de evidencias que le permiten darse cuenta de lo que hoy ocurre en Colombia y de cómo esa situación no surge de la nada sino que es producto de una larga cadena de hechos que comienza a ocurrir en el momento en que la nación consigue la independencia, sigue su curso a lo largo del siglo XIX, a través de las calamitosas y ridículas guerras civiles entre conservadores y liberales, y llega hasta nuestros días manifestándose en la desigual distribución de la riqueza, en la concentración de la tierra en unas cuantas manos, en la hegemonía que ejerce la iglesia sobre las conciencias y las decisiones del poder civil, en el analfabetismo, la insalubridad y la falta de vías de comunicación y también, en la otra orilla, en los frecuentes brotes de rebeldía que han creado en ciertas regiones del país un clima constante de violencia y muerte. Hasta cierto punto, *La mala hora* es una radiografía de la Colombia de la que surgen las actuales guerrillas y una advertencia a los guerrilleros, a quienes les avisa que ese tipo de lucha no es nuevo entre los colombianos y sí posee una tradición en que se mezclan los triunfos episódicos y los fracasos definitivos. Hasta ahora los guerrilleros sólo han servido, en el triunfo y en la derrota, para encumbrar a cierta casta de políticos tramposos que al hacerse del poder olvidan al pueblo y se burlan de sus intereses.

La estructura de esta novela es novedosa en la obra de García Márquez. Si *La hojarasca* cuenta desde tres puntos de vista y por primera vez la historia abreviada de Macondo, si *El coronel no tiene quien le escriba* se construye a narrar una sola historia, la del militar abandonado a su propia suerte, y en el fondo se contempla a grandes trazos la vida del pueblo sin nombre próximo a Macondo, en *La mala hora* no hay héroes particulares sino un héroe colectivo, los habitantes de esta aldea, a los que uno por uno ilumina en determinado momento y a los que después deja que sigan viviendo en las tinieblas. La novela está armada de tal modo que al concluir de pasar revista a los personajes más representativos, García Márquez ha contado de principio a fin la historia que se proponía referir. La aparición de pasquines en las casas de las personas a las que el pueblo otorga categoría de

víctimas, una lluvia que inunda los barrios pobres y que hace emigrar a sus moradores a tierras más altas propiedad del municipio, es decir del alcalde, y el recrudecimiento de las pasiones entre las banderías enemigas, los representantes del gobierno y los aldeanos, son las tres calamidades que permiten a García Márquez contemplar cómo es el vecindario y cómo reacciona ante circunstancias que ponen en peligro sus vidas y la tranquilidad de sus conciencias.

Una vez cerrado el libro, lo primero que llama la atención de *Cien años de soledad* es el anacronismo. Cierta tipo de anacronismo que en vez de ser un lastre que anule la validez de la novela, le da ciertas características que le conceden un sitio aparte entre las obras narrativas publicadas en los años recientes. Me explico: a diferencia de los novelistas de su generación, García Márquez busca y consigue la originalidad por caminos en apariencia reaccionarios, caminos que en vez de dirigirse al futuro recorren en sentido inverso la historia de la literatura y descubren el pasado, un pasado que el aislamiento y la soledad han purificado y vuelto irreconocible. De tan viejo, da la impresión de intacto, de ser más nuevo que el periódico de hoy. Allí encuentra lo que andaba buscando desde el año 1955 en que da a conocer *La hojarasca*, un mundo y unos hombres fabulosos en todos sentidos que no distinguen la lógica del absurdo, la acción de la imaginación, la violencia de la ternura, la construcción de la destrucción, el amor del odio, la religión de la impiedad, el trabajo del ocio, el totalitarismo de la anarquía, unos hombres y un mundo situados en la acera de enfrente de los convencionalismos sociales, los dogmas políticos, las creencias religiosas, el utilitarismo y, en general, todos los estupefacientes que hacen posible y duradera la vida de una comunidad. (Tan es así, que el pueblo de *El coronel no tiene quien le escriba* y *La mala hora* hubiese resultado imposible, por conformista y enajenado, para albergar la historia y los personajes de *Cien años de soledad*.) Mediante la adopción del mundo de las novelas de caballería, García Márquez puede encontrar en Macondo seres y maneras de ser que tengan puntos de contacto con una humanidad y un universo anteriores al momento en que la épica se reblandece y los personajes se vuelven egoístas, calculadores, amigos sistemáticos del raciocinio que, en última instancia, sólo les interesa por las ventajas materiales e inmediatas que pueda proporcionarles. En cierto sentido, Macondo es el paraíso terrenal, la ocasión perfecta y única concedida al hombre para que realice aquí y ahora sus mejores deseos. Pero como en el paraíso, los enemigos del hombre no desaprovechan las oportunidades que se les presentan para corromper la felicidad humana. La fundación de Macondo, que equivale a la idea de América que se forjaron los europeos en el lapso que va del descubrimiento a la conquista, trae consigo al mismo tiempo que el goce de vivir las semillas de destrucción que más adelante no dejarán en el pueblo piedra sobre piedra. En otras palabras, *Cien años de soledad* es como una biblia, con su antiguo y su nuevo testamento, que relata, siguiendo en la superficie las normas tradicionales del arte de narrar, la historia del pueblo elegido, Macondo, desde el génesis hasta el apocalipsis, desde el instante en que los primeros Buendía pisan el suelo de lo que será esta aldea mitológica y desgraciada hasta el momento en que las hormigas se adueñan de la tierra y devoran, recién nacido, al último de los hombres de esta estirpe.



Después de la impresión de ser anacrónica, *Cien años de soledad* parece indicar que es una novela de aventuras en la que se mezclan la heroicidad y la fábula. Y así es, es una novela de aventuras, para el lector desprevenido parecida a las *Mil y una noches* en versión americana, que reduce casi a las proporciones de un juego macabro y estúpido la historia de Latinoamérica desde el momento de su independencia hasta la hora presente. Juego que se permite ciertos retrocesos, no indicados en el texto, que señalan cómo pudo ser este continente en ciertas épocas de su desarrollo: así existen suposiciones que admiten imaginar cómo debió de ser entre nosotros la Edad Media, el Renacimiento y el Siglo de las Luces. Como no tuvimos las dos primeras épocas y la tercera se redujo a acallar los brotes subversivos de los criollos ilustrados, García Márquez puede hacer uso irrestricto de su imaginación al referirse a estas posibilidades que nos fueron negadas por el arribo tardío al banquete de la civilización occidental. Paradójicamente, Melquiades es el alquimista medieval, el hombre-orquesta del Renacimiento y el precursor de los derechos del hombre en pleno siglo XVIII. Por eso, quizá, muere dos veces, y por eso, es probable, vuelva a nacer para indicarnos cómo saldrá Macondo, es decir América Latina, de la muerte aparente a que lo condena García Márquez al final de la novela, conclusión que curiosamente coincide con el principio: *Cien años de soledad* empieza presentando a Macondo como tierra baldía que invita a los inmigrantes nativos a poblarla y termina tal como empezó, como una nueva llamada a los nuevos inmigrantes, que bajarán por diferentes causas como la vez anterior de las montañas, para poblarla y darle leyes más justas y menos imperecederas. Por otra parte, Melquiades puede morir y renacer porque, habitante al fin y al cabo de América Latina, aunque por sus venas corra sangre extranjera, no distingue las fronteras entre la vida y la muerte: en esta parte de América nada muere del todo (piénsese en el feudalismo y en las doctrinas liberales) ni nada nace del todo completamente, por lo menos en la tierra firme.

Por último, *Cien años de soledad* plantea un dilema que los escritores de esta parte del mundo todavía no acaban de resolver:

hasta qué punto la novela, y el resto de los géneros literarios, debe reflejar las condiciones objetivas, en este caso el subdesarrollo, o hasta qué punto es lícito, pensando que la novelística está en manos de hombres tan capaces como los europeos, ir más allá y dar a los lectores una imagen técnica y estilística acorde con lo que está sucediendo en los laboratorios más avanzados de los países que viven y gozan las ventajas del siglo XX. La respuesta de García Márquez me parece convincente: en *Cien años de soledad* dice que el subdesarrollo económico y político no tiene que desembocar necesariamente en una novela conformista técnicamente ni en una novela que se desentienda del contexto histórico del continente. Su punto de vista es irreprochable ya que no reniega de los descubrimientos de la nueva novela ni de las conquistas que están presentes en la tradición. Así puede satisfactoriamente entregar a los lectores una obra americana que es también, por todos conceptos, una obra que nada tiene que envidiar a las que se escriben en otras partes del mundo. Sin proponérselo responde a la pregunta que hace muchos años se formulara el viejo mexicano Ignacio Manuel Altamirano: cómo escribir una novela que sin renunciar a las prerrogativas del arte, no se desentendiera de la calamitosa historia en que nos debatimos. Si Altamirano se equivocó al formular una respuesta teórica, García Márquez acierta al escribir esta novela que es de Aracataca, de Colombia, de América Latina y del mundo.

*Cien años de soledad* es una novela perfecta, hasta donde este adjetivo puede usarse sin sonar a falso. La estructura, la historia, los personajes, el estilo, cumplen rigurosamente su cometido. En ella forma es fondo, y viceversa, y todo en su más alta expresión: vida, dolor, muerte y esperanza de un futuro en que la imaginación, el absurdo y todos los excesos posibles por ahora se conviertan en realidad, lógica y una serie de virtudes comunes y corrientes.

Después de escribir esta novela, Gabriel García Márquez puede dormir tranquilo, aunque existe la posibilidad de que esta obra le quite el sueño, como el insomnio que padeció Macondo, por el resto de sus días.



Faint, illegible text in the left column, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text in the right column, possibly bleed-through from the reverse side of the page.



## TEXTO

Gabriel García Márquez

### CIEN AÑOS DE SOLEDAD

[fragmentos]

CARA I  
Duración: 20'38"

Úrsula tuvo que hacer un grande esfuerzo para cumplir su promesa de morirse cuando escampara. Las ráfagas de lucidez que eran tan escasas durante la lluvia, se hicieron más frecuentes a partir de agosto, cuando empezó a soplar el viento árido que sofocaba los rosales y petrificaba los pantanos, y que acabó de esparcir sobre Macondo el polvo abrasante y menudo que cubrió para siempre los oxidados techos de cinc y los almendros centenarios. Úrsula lloró de lástima al descubrir que por más de tres años había quedado de juguete para los niños. Se lavó la cara pintorreteada, se quitó de encima las tiras de colorines, las lagartijas y los sapos reseco y las camándulas y antiguos collares de árabe que le habían colgado por todo el cuerpo, y por primera vez desde la muerte de Amaranta abandonó la cama sin auxilio de nadie para incorporarse de nuevo a la vida familiar. El ánimo de su corazón invencible la orientaba en las tinieblas. Quienes repararon en sus trastabilleos y tropezaron con su brazo arcángelico siempre alzado a la altura de la cabeza, pensaron que a duras penas podía con su cuerpo, pero todavía no creyeron que estaba ciega. Ella no necesitaba ver, para darse cuenta de que los canteros de flores cultivados con tanto esmero desde la primera reconstrucción, habían sido destruidos por la lluvia y arrasados por las excavaciones de Aureliano Segundo y que las paredes y el cemento de los pisos estaban cuarteados, los muebles flojos y descoloridos, las puertas desquiciadas, y la familia amenazada por un espíritu de resignación y pesadumbre que no hubiera sido concebible en su tiempo. Moviéndose a tientas por los dormitorios vacíos percibía el trueno continuo del comején taladrando las maderas, y el tijeeteo de la polilla en los roperos, y el estrépito devastador de las enormes hormigas coloradas que habían prosperado en el diluvio y estaban socavando los cimientos de la casa. Un día abrió el baúl de los santos, y tuvo que pedir auxilio a Santa Sofía de la Piedad para quitarse de encima las cucarachas que saltaron del interior, y que ya habían pulverizado la ropa. "No es posible vivir en esta negligencia", decía.

"A este paso terminaremos devorados por las bestias." Desde entonces no tuvo un instante de reposo. Levantada desde antes del amanecer, recurría a quien estuviera disponible, inclusive a los niños. Puso al sol las escasas ropas que todavía quedaban en condiciones de ser usadas, ahuyentó las cucarachas con sorprendentes asaltos de insecticida, raspó las venas del comején en puertas y ventanas y asfixió con cal viva a las hormigas en sus madrigueras.

"Que abran puertas y ventanas", gritaba. "Que hagan carne y pescado, que compren las tortugas más grandes, que vengan los forasteros a tender sus patates en los rincones y a orinarse en los rosales, que se sienten a la mesa a comer cuantas veces quieran, y que eructen y despotriquen y lo embarren todo con sus botas, y que hagan con nosotros lo que les dé la gana, porque ésa es la única manera de espantar la ruina." Pero era una ilusión vana. Estaba ya demasiado vieja y viviendo de sobra para repetir el milagro de los animalitos de caramelo, y ninguno de sus descendientes había heredado su fortaleza. La casa continuó cerrada por orden de Fernanda.

Aureliano Segundo, que había vuelto a llevarse sus baúles a casa de Petra Cotes, su concubina, disponía apenas de los medios para que la familia no se muriera de hambre. Con la rifa de la mula, Petra Cotes y él habían comprado otros animales, con los cuales consiguieron enderezar un rudimentario negocio de lotería. Aureliano Segundo andaba de casa en casa, ofreciendo los billetitos que él mismo pintaba con tintas de colores para hacerlos más atractivos y convincentes, y acaso no se daba cuenta de que muchos se los compraban por gratitud, y la mayoría por compasión. Sin embargo, aun los más piadosos compradores adquirían la oportunidad de ganarse un cerdo por veinte centavos o una novilla por treinta y dos, y se entusiasmaban tanto con la esperanza, que la noche del martes desbordaban el patio de Petra Cotes esperando el momento en que un niño escogido al azar sacara de la bolsa el número premiado. Aquello no tardó en convertirse en una feria semanal, pues desde el atardecer se instalaban en el patio mesas de fritanga y puestos de bebidas, y muchos de los favorecidos sacrificaban allí mismo el animal ganado con la condición de que otros pusieran la música y el aguardiente, de modo que sin haberlo deseado



Aureliano Segundo se encontró de pronto tocando otra vez el acordeón y participando en modestos torneos de voracidad. Estas humildes réplicas de las parrandas de otros días, sirvieron para que el propio Aureliano Segundo descubriera cuánto había decaído su ánimo y hasta qué punto se había secado su ingenio de cumbiambero magistral. Era un hombre cambiado. Los ciento veinte kilos que llegó a tener en la época en que lo desafió la Elefanta, se habían reducido a setenta y ocho, la candorosa y abotagada cara de tortuga se le había vuelto de iguana, y siempre andaba cerca del aburrimiento y el cansancio. Para Petra Cotes, sin embargo, nunca fue mejor hombre que entonces, tal vez porque confundía con el amor la compasión que él le inspiraba, y el sentimiento de solidaridad que en ambos había despertado la miseria. La cama desmantelada dejó de ser lugar de desafueros y se convirtió en refugio de confidencias. Liberados de los espejos repetidores que habían rematado para comprar animales de rifa, y de los damascos y terciopelos concupiscentes que se había comido la mula, se quedaban despiertos hasta muy tarde con la inocencia de dos abuelos desvelados, aprovechando para sacar cuentas y trasponer centavos el tiempo que antes malgastaban en malgastarse. A veces los sorprendían los primeros gallos haciendo y deshaciendo montoncitos de monedas, quitando un poco de aquí para ponerlo allá, de modo que esto alcanzará para contentar a Fernanda, y aquello para los zapatos de Amaranta Úrsula, y esto otro para Santa Sofía de la Piedad que no estrenaba un traje desde los tiempos del ruido, y esto para mandar a hacer el cajón si se moría Úrsula, y esto para el café que subía un centavo por libra cada tres meses, y esto para el azúcar que cada vez endulzaba menos, y esto para la leña que todavía estaba mojada por el diluvio, y esto otro para el papel y la tinta de colores de los billetes, y aquello que sobraba para ir amortizando el valor de la ternera de abril, de la cual milagrosamente salvaron el cuero, porque le dio carbunco sintomático cuando estaban vendidos casi todos los números de la rifa. Eran tan puras aquellas misas de pobreza, que siempre destinaban la mejor parte para Fernanda, y no lo hicieron nunca por remordimiento ni por caridad, sino porque su bienestar les importaba más que el de ellos mismos. Lo que en verdad les ocurría, aunque ninguno de los dos se daba cuenta, era que ambos pensaban en Fernanda como en la hija que hubieran querido tener y no tuvieron, hasta el punto de que en cierta ocasión se resignaron a comer mazamorra por tres días para que ella pudiera comprar un mantel holandés. Sin embargo, por más que se mataban trabajando, por mucho dinero que escamotearan y muchas triquiñuelas que concibieran, los ángeles de la guarda se les dormían de cansancio mientras ellos ponían y quitaban monedas tratando de que siquiera les alcanzaran para vivir. En el insomnio que les dejaban las malas cuentas, se preguntaban qué había pasado en el mundo para que los animales no parieran con el mismo desconcierto de antes, por qué el dinero se desbarataba de las manos, y por qué la gente que hacía poco tiempo quemaba mazos de billetes en la cumbiamba, consideraba que era un asalto en despoblado cobrar doce centavos por la rifa de seis gallinas. Aureliano Segundo pensaba sin decirlo que el mal no estaba en el mundo, sino en algún lugar recóndito del misterioso corazón de Petra Cotes, donde algo había ocurrido durante el diluvio que volvió estériles a los animales y escurridizo el dinero. Intrigado con ese enigma, escarbó tan profundamente en los senti-

mientos de ella, que buscando el interés encontró el amor, porque tratando de que ella lo quisiera terminó por quererla. Petra Cotes, por su parte, lo iba queriendo más a medida que sentía aumentar su cariño, y fue así como en la plenitud del otoño volvió a creer en la superstición juvenil de que la pobreza era una servidumbre del amor. Ambos evocaban entonces como un estorbo las parrandas desatinadas, la riqueza aparatosa y la fornicación sin frenos, y se lamentaban de cuánta vida les había costado encontrar el paraíso de la soledad compartida. Locamente enamorados al cabo de tantos años de complicidad estéril, gozaban con el milagro de quererse tanto en la mesa como en la cama, y llegaron a ser tan felices, que todavía cuando eran dos ancianos agotados seguían retozando como conejitos y peleándose como perros.

Aureliano Segundo andaba tan ocupado tratando de consolidar el prestigio de sus rifas, que apenas le quedaba tiempo para ver a los niños. Fernanda puso a Amaranta Úrsula en una escuelita privada donde no se recibían más de seis alumnas, pero se negó a permitir que Aureliano asistiera a la escuela pública. Consideraba que ya había cedido demasiado al aceptar que abandonara el cuarto. Además, en las escuelas de esa época sólo se recibían hijos legítimos de matrimonios católicos, y en el certificado de nacimiento que habían prendido con una nodriza en la batita de Aureliano cuando lo mandaron a la casa, estaba registrado como expósito. De modo que se quedó encerrado, a merced de la vigilancia caritativa de Santa Sofía de la Piedad y de las alternativas mentales de Úrsula, descubriendo el estrecho mundo de la casa según se lo explicaban las abuelas. Era fino, estirado, de una curiosidad que sacaba de quicio a los adultos, pero al contrario de la mirada inquisitiva y a veces clarividente que tuvo el coronel a su edad, la suya era parpadeante y un poco distraída. Mientras Amaranta Úrsula estaba en el parvulario, él cazaba lombrices y torturaba insectos en el jardín. Pero una vez en que Fernanda lo sorprendió metiendo alacranes en una caja para ponerlos en la estera de Úrsula, lo recluyó en el antiguo dormitorio de Meme, donde se distrajo de sus horas solitarias repasando las láminas de la enciclopedia. Allí lo encontró Úrsula una tarde en que andaba asperjando la casa con agua seranada y un ramo de ortigas, y a pesar de que había estado con él muchas veces, le preguntó quién era.

—Soy Aureliano Buendía —dijo él.

—Es verdad —replicó ella—. Ya es hora de que empieces a aprender la platería.

Lo volvió a confundir con su hijo, porque el viento cálido que sucedió al diluvio e infundió en el cerebro de Úrsula ráfagas eventuales de lucidez, había acabado de pasar. No volvió a recobrar la razón. Cuando entraba al dormitorio, encontraba allí a Petronila Iguarán, con el estorbo miriñaque y el saquito de mostacilla que se ponía para las visitas de compromiso, y encontraba a Tranquilina María Miniata de Alacoque Buendía, su abuela, abanicándose con una pluma de pavorreal en su mecedor de tullida, y a su bisabuelo Aureliano Arcadio Buendía con su falso dormán de las guardias virreinales, y a Aureliano Iguarán, su padre, que había inventado una oración para que se achicharraran y se cayeran los gusanos de las vacas, y a la timorata de su madre, y al primo con la cola de cerdo, y a José Arcadio Buendía y a sus hijos muertos, todos sentados en sillas que habían sido recostadas contra la pared como si no estuvieran en una visita, sino en un velorio. Ella



hilvanaba una cháchara colorida, comentando asuntos de lugares apartados y tiempos sin coincidencia, de modo que cuando Amaranta Úrsula regresaba de la escuela y Aureliano se cansaba de la enciclopedia, la encontraban sentada en la cama, hablando sola, y perdida en un laberinto de muertos. "¡Fuego!", gritó una vez aterrorizada, y por un instante sembró el pánico en la casa, pero lo que estaba anunciando era el incendio de una caballeriza que había presenciado a los cuatro años. Llegó a revolver de tal modo el pasado con la actualidad, que en las dos o tres ráfagas de lucidez que tuvo antes de morir, nadie supo a ciencia cierta si hablaba de lo que sentía o de lo que recordaba. Poco a poco se fue reduciendo, fetizándose, momificándose en vida, hasta el punto de que en sus últimos meses era una ciruela pasa perdida dentro del camisón, y el brazo siempre alzado terminó por parecer la pata de una marimonda. Se quedaba inmóvil varios días, y Santa Sofía de la Piedad tenía que sacudirla para convencerse de que estaba viva, y se la sentaba en las piernas para alimentarla con cucharaditas de agua de azúcar. Precia una anciana recién nacida. Amaranta Úrsula y Aureliano la llevaban y la traían por el dormitorio, la acostaban en el altar para ver que era apenas más grande que el Niño Dios, y una tarde la escondieron en un armario del granero donde hubieran podido comérsela las ratas. Un domingo de ramos entraron al dormitorio mientras Fernanda estaba en misa, y cargaron a Úrsula por la nuca y los tobillos.

—Pobre la tatarabuelita —dijo Amaranta Úrsula—, se nos murió de vieja.

Úrsula se sobresaltó.

—¡Estoy viva! —dijo.

—Ya ves —dijo Amaranta Úrsula, reprimiendo la risa—, ni siquiera respira.

—¡Estoy hablando! —gritó Úrsula.

—Ni siquiera habla —dijo Aureliano—. Se murió como un grillo.

Entonces Úrsula se rindió a la evidencia. "Dios mío", exclamó en voz baja. "De modo que esto es la muerte." Inició una oración interminable, atropellada, profunda, que se prolongó por más de dos días, y que el martes había degenerado en un revoltijo de súplicas a Dios y de consejos prácticos para que las hormigas coloradas no tumbaran la casa, para que nunca dejaran apagar la lámpara frente al daguerrotipo de Remedios, y para que cuidaran de que ningún Buendía fuera a casarse con alguien de su misma sangre, porque nacían los hijos con cola de puerco. Santa Sofía de la Piedad tuvo la certeza de que la encontraría muerta de un momento a otro, porque observaba por esos días un cierto aturdimiento de la naturaleza: que las rosas olían a quenopodio, que se le cayó una totuma de garbanzos y los granos quedaron en el suelo en un orden geométrico perfecto y en forma de estrella de mar y que una noche vio pasar por el cielo una fila de luminosos discos anaranjados.

Amaneció muerta el jueves santo. La última vez que la habían ayudado a sacar la cuenta de su edad, por los tiempos de la compañía bananera, la habían calculado entre los ciento quince y los ciento veintidós años. La enterraron en una cajita que era apenas más grande que la canastilla en que fue llevado Aureliano, y muy poca gente asistió al entierro, en parte porque no eran muchos quienes se acordaban de ella, y en parte porque ese mediodía

hubo tanto calor, que los pájaros desorientados se estrellaban como perdigones contra las paredes y rompían las mallas metálicas de las ventanas para morirse en los dormitorios.

Al principio se creyó que era una peste. Las amas de casa se agotaban de tanto barrer pájaros muertos, sobre todo a la hora de la siesta, y los hombres los echaban al río por carretadas. El domingo de resurrección, el centenario padre Antonio Isabel afirmó en el púlpito que la muerte de los pájaros obedecía a la mala influencia del Judío Errante, que él mismo había visto la noche anterior. Lo describió como un híbrido de macho cabrío cruzado con hembra hereje, una bestia infernal cuyo aliento calcinaba el aire y cuya visita determinaría la concepción de engendros por las recién casadas. No fueron muchos quienes prestaron atención a su plática apocalíptica, porque el pueblo estaba convencido de que el párroco desvariaba a causa de la edad. Pero una mujer despertó a todos al amanecer del miércoles, porque encontró unas huellas de bípedo de pesuña hendida. Eran tan ciertas e inconfundibles, que quienes fueron a verlas no pusieron en duda la existencia de una criatura espantosa semejante a la descrita por el párroco, y se asociaron para montar trampas en sus patios. Fue así como lograron la captura. Dos semanas después de la muerte de Úrsula, Petra Cotes y Aureliano Segundo despertaron sobresaltados por un llanto de becerro descomunal que les llegaba desde el vecindario. Cuando se levantaron, ya un grupo de hombres estaba desensartando al monstruo de las afiladas varas que habían parado en el fondo de una fosa cubierta con hojas secas, y había dejado de berrear. Pesaba como un buey, a pesar de que su estatura no era mayor que la de un adolescente, y de sus heridas manaba una sangre verde y untuosa. Tenía el cuerpo cubierto de una pelambre áspera, plagada de garrapatas menudas, y el pellejo petrificado por una costra de rémora, pero al contrario de la descripción del párroco, sus partes humanas eran más de ángel valetudinario que de hombre, porque las manos eran tersas y hábiles, los ojos grandes y crepusculares y tenía en los omoplatos los muñones cicatrizados y callosos de unas alas potentes, que debieron de ser desbastadas con hachas de labrador. Lo colgaron por los tobillos en un almendro de la plaza, para que nadie se quedara sin verlo, y cuando empezó a pudrirse lo incineraron en una hoguera, porque no se pudo determinar si su naturaleza bastarda era de animal para echar en el río o de cristiano para sepultar.

La pasión claustral de Fernanda puso un dique infranqueable a los cien años torrenciales de Úrsula. No sólo se negó a abrir las puertas cuando pasó el viento árido, sino que hizo clausurar las ventanas con crucetas de madera, obedeciendo a la consigna paterna de enterrarse en vida. La dispendiosa correspondencia con los médicos invisibles terminó en un fracaso. Después de numerosos aplazamientos, se encerró en su dormitorio en la fecha y la hora acordadas, cubierta solamente por una sábana blanca y con la cabeza hacia el norte, y a la una de la madrugada sintió que le taparon la cara con un pañuelo embebido en un líquido glacial. Cuando despertó, el sol brillaba en la ventana y ella tenía una costura bárbara en forma de arco que empezaba en la ingle y terminaba en el esternón. Pero antes de que cumpliera el reposo previsto recibió una carta desconcertada de los médicos invisibles quienes decían haberla registrado durante seis horas sin encontrar nada

CARA II  
Duración 18'27"

120 ?



que correspondiera a los síntomas tantas veces y tan escrupulosamente descritos por ella. En realidad, su hábito pernicioso de no llamar las cosas por su nombre había dado origen a una nueva confusión, pues lo único que encontraron los cirujanos telepáticos fue un descendimiento del útero que podía corregirse con el uso de un pesario. La desilusionada Fernanda trató de obtener una información más precisa, pero los corresponsales ignotos no volvieron a contestar sus cartas. Se sintió desamparada, tan agobiada por el peso de una palabra desconocida, que decidió amordazar la vergüenza para preguntar qué era un pesario, y sólo entonces supo que el médico francés se había colgado de una viga tres meses antes, y había sido enterrado contra la voluntad del pueblo por un antiguo compañero de armas del coronel Aureliano Buendía. Entonces se confió a su hijo José Arcadio, y éste le mandó los pesarios desde Roma, con un folletito explicativo que ella echó al excusado después de aprénderselo de memoria, para que nadie fuera a conocer la naturaleza de sus quebrantos. Era una precaución inútil, porque las únicas personas que vivían en la casa apenas si la tomaban en cuenta. Santa Sofía de la Piedad vagaba en una vejez solitaria, cocinando lo poco que se comían, y casi por completo dedicada al cuidado de José Arcadio Segundo. Amaranta Úrsula, heredera de ciertos encantos de Remedios, la bella, ocupaba en hacer sus tareas escolares el tiempo que antes perdía en atormentar a Úrsula, y empezaba a manifestar un buen juicio y una consagración a los estudios que hicieron renacer en Aureliano Segundo la buena esperanza que le inspiraba Meme. Le había prometido mandarla a terminar sus estudios en Bruselas, de acuerdo con una costumbre establecida en los tiempos de la compañía bananera, y esa ilusión lo había llevado a tratar de revivir las tierras devastadas por el diluvio. Las pocas veces que entonces se le veía en la casa, era por Amaranta Úrsula, pues con el tiempo se había convertido en un extraño para Fernanda, y el pequeño Aureliano se iba volviendo esquivo y ensimismado a medida que se acercaba a la pubertad. Aureliano Segundo confiaba en que la vejez ablandara el corazón de Fernanda, para que el niño pudiera incorporarse a la vida de un pueblo donde seguramente nadie se hubiera tomado el trabajo de hacer especulaciones suspicaces sobre su origen. Pero el propio Aureliano parecía preferir el encierro y la soledad, y no revelaba la menor malicia por conocer el mundo que empezaba en la puerta de la calle. Cuando Úrsula hizo abrir el cuarto de Melquíades, él se dio a rondarlo, a curiosarse por la puerta entornada, y nadie supo en qué momento terminó vinculado a José Arcadio Segundo por un afecto recíproco. Aureliano Segundo descubrió esa amistad mucho tiempo después de iniciada, cuando oyó al niño hablando de la matanza de la estación. Ocurrió un día en que alguien se lamentó en la mesa de la ruina en que se hundió el pueblo cuando lo abandonó la compañía bananera, y Aureliano lo contradujo con una madurez y una versación de persona mayor. Su punto de vista, contrario a la interpretación general, era que Macondo fue un lugar próspero y bien encaminado hasta que lo desordenó y lo corrompió y lo exprimió la compañía bananera, cuyos ingenieros provocaron el diluvio como un pretexto para eludir compromisos con los trabajadores. Hablando con tan buen criterio que a Fernanda le pareció una parodia sacrilega de Jesús entre los doctores, el niño describió con detalles precisos y convincentes cómo el ejército ametralló a más de tres mil trabajadores acorralados

en la estación, y cómo cargaron los cadáveres en un tren de doscientos vagones y los arrojaron al mar. Convencida como la mayoría de la gente de la verdad oficial de que no había pasado nada, Fernanda se escandalizó con la idea de que el niño había heredado los instintos anarquistas del coronel Aureliano Buendía, y le ordenó callarse. Aureliano Segundo en cambio, reconoció la versión de su hermano gemelo. En realidad, a pesar de que todo mundo lo tenía por loco, José Arcadio Segundo era en aquel tiempo el habitante más lúcido de la casa. Enseñó al pequeño Aureliano a leer y escribir, lo inició en el estudio de los pergaminos, y le inculcó una interpretación tan personal de lo que significó para Macondo la compañía bananera, que muchos años después, cuando Aureliano se incorporara al mundo, había de pensarse que contaba una versión alucinada, porque era radicalmente contraria a la falsa que los historiadores habían admitido, y consagrado en los textos escolares.

Por la época en que se le ocurrió la lotería de adivinanzas, Aureliano Segundo despertaba con un nudo en la garganta, como si estuviera reprimiendo las ganas de llorar. Petra Cotes lo interpretó como uno de los tantos trastornos provocados por la mala situación, y todas las mañanas, durante más de un año, le tocaba el paladar con un hisopo de miel de abeja y le daba jarabe de rábano. Cuando el nudo de la garganta se le hizo tan opresivo que le costaba trabajo respirar, Aureliano Segundo visitó a Pilar Ternera por si ella conocía alguna hierba de alivio. La inquebrantable abuela, que había llegado a los cien años al frente de un burdelito clandestino, no confió en supersticiones terapéuticas, sino que consultó el asunto con las barajas. Vio el caballo de oros con la garganta herida por el acero de la sota de espadas, y dedujo que Fernanda estaba tratando de que el marido volviera a la casa mediante el desprestigiado sistema de hincar alfileres en su retrato, pero que le había provocado un tumor interno por un conocimiento torpe de sus malas artes. Como Aureliano Segundo no tenía más retratos que los de la boda, y las copias estaban completas en el álbum familiar, siguió buscando por toda la casa en los descuidos de la esposa, y por fin encontró en el fondo del ropero media docena de pesarios en sus cajitas originales. Creyendo que las rojas llantitas de caucho eran objetos de hechicería, se metió una en el bolsillo para que la viera Pilar Ternera. Ella no pudo determinar su naturaleza, pero le pareció tan sospechosa, que de todos modos se hizo llevar la media docena y la quemó en una hoguera que prendió en el patio. Para conjurar el supuesto maleficio de Fernanda, le indicó a Aureliano Segundo que mojara una gallina clueca y la enterrara viva bajo el castaño, y él lo hizo de tan buena fe, que cuando acabó de disimular con hojas secas la tierra removida, ya sentía que respiraba mejor. Por su parte, Fernanda interpretó la desaparición como una represalia de los médicos invisibles, y se cosió en la parte inferior de la camisola una faltriquera de jareta, donde guardó los pesarios nuevos que le mandó su hijo.

Seis meses después del enterramiento de la gallina, Aureliano Segundo despertó a media noche con un acceso de tos, y sintiendo que lo estrangulaban por dentro con tenazas de cangrejo. Fue entonces cuando comprendió que por muchos pesarios mágicos que destruyera y muchas gallinas de conjuro que remojará, la única y triste verdad era que se estaba muriendo. No se lo dijo a nadie.

¿de ?

?

le

enterrana



Atormentado por el temor de morir sin mandar a Bruselas a Amaranta Úrsula, trabajó como nunca lo había hecho, y en vez de una hizo tres rifas semanales. Desde muy temprano se le veía recorrer el pueblo, aun en los barrios más apartados y miserables, tratando de vender los billetitos con una ansiedad que sólo era concebible en un moribundo. "Aquí está la Divina Providencia", pregonaba. "No la dejen ir, que sólo llega una vez cada cien años." Hacía conmovedores esfuerzos por parecer alegre, simpático y locuaz, pero bastaba verle el sudor y la palidez para saber que no podía con su alma. A veces se desviaba por predios baldíos, donde nadie lo viera, y se sentaba un momento a descansar de las tenazas que lo despedazaban por dentro. Todavía a la media noche estaba en el barrio de tolerancia, tratando de consolar con prédicas de buena suerte a las mujeres solitarias que sollozaban junto a las victrolas. "Este número no sale hace cuatro meses", les decía, mostrándoles los billetitos. "No lo dejes ir, que la vida es más corta de lo que uno cree." Acabaron por perderle el respeto, por burlarse de él, y en sus últimos meses ya no le decían don Aureliano, como le habían dicho siempre, sino que lo llamaban en su propia cara don Divina Providencia. La voz se le iba llenando de notas falsas, se le fue destemplando y terminó por apagarse en un ronquido de perro, pero todavía tuvo voluntad para no dejar que decayera la expectativa por los premios en el patio de Petra Cotes. Sin embargo, a medida que se quedaba sin voz y se daba cuenta de que en poco tiempo ya no podría soportar el dolor, iba comprendiendo que no era con cerdos y chivos rifados como su hija llegaría a Bruselas, de modo que concibió la idea de hacer la fabulosa rifa de las tierras destruidas por el diluvio, que bien podían ser restauradas por quien dispusiera de capital. Fue una iniciativa tan espectacular, que el propio alcalde se prestó para anunciarla con un bando, y se formaron sociedades para comprar billetes a cien pesos cada uno, que se agotaron en menos de una semana. La noche de la rifa los ganadores hicieron una fiesta aparatosa, comparable apenas a las de los tiempos de la compañía bananera, y Aureliano Segundo tocó en el acordeón por última vez las canciones olvidadas de Francisco el Hombre, pero ya no pudo cantarlas.

Dos meses después, Amaranta Úrsula se fue a Bruselas. Aureliano Segundo le entregó no sólo el dinero de la rifa extraordinaria, sino el que había logrado economizar/los meses anteriores, y el muy escaso que obtuvo por la venta de la pianola, el clavicordio y otros corotos caídos en desgracia. Según sus cálculos, ese fondo le alcanzaba para los estudios, así que sólo quedaba pendiente el valor del pasaje de regreso. Fernanda se opuso al viaje hasta el último momento, escandalizada con la idea de que Bruselas estuviera tan cerca de la perdición de París, pero se tranquilizó con una carta que le dio el padre Ángel para una pensión de jóvenes católicas atendida por religiosas, donde Amaranta Úrsula prometió vivir hasta el término de sus estudios. Además, el párroco consiguió que viajara al cuidado de un grupo de franciscanas que iban para Toledo, donde esperaban encontrar gente de confianza para mandarla a Bélgica. Mientras se adelantaba la apresurada correspondencia que hizo posible esta coordinación, Aureliano Segundo ayudado por Petra Cotes, se ocupó del equipaje de Amaranta Úrsula. La noche en que prepararon uno de los baúles nupciales de Fernanda, las cosas estaban tan bien dispuestas, que la estudiante

sabía de memoria cuáles eran los trajes y las babuchas de pana con que debía hacer la travesía del Atlántico, y el abrigo de paño azul con botones de cobre, y los zapatos de cordobán con que debía desembarcar. Sabía también cómo debía caminar para no caer al agua cuando subiera a bordo por la plataforma, que en ningún momento debía separarse de las monjas ni salir del camarote como no fuera para comer, y que por ningún motivo debía contestar a las preguntas que los desconocidos de cualquier sexo le hicieran en alta mar. Llevaba un frasquito con gotas para el mareo y un cuaderno escrito de su puño y letra por el padre Ángel, con seis oraciones para conjurar la tempestad. Fernanda le fabricó un cinturón de lona para que guardara el dinero, y le indicó la forma de usarlo ajustado al cuerpo, de modo que no tuviera que quitárselo ni siquiera para dormir. Trató de regalarle la bacínilla de oro lavada con lejía y desinfectada con alcohol, pero Amaranta Úrsula la rechazó por miedo de que se burlaran de ella sus compañeras de colegio. Pocos meses después, a la hora de la muerte, Aureliano Segundo había de recordarla como la vio la última vez, tratando de bajar sin conseguirlo el cristal polvoriento del vagón de segunda clase para escuchar las últimas recomendaciones de Fernanda. Llevaba un traje de seda rosado con un ramito de pensamientos artificiales en el broche del hombro izquierdo; los zapatos de cordobán con trabilla y tacón bajo, y las medias satinadas con ligas elásticas en las pantorrillas. Tenía el cuerpo menudo, el cabello suelto y largo y los ojos vivaces que tuvo Úrsula a su edad, y la forma en que se despedía sin llorar pero sin sonreír, revelaba la misma fortaleza del carácter. Caminando junto al vagón a medida que aceleraba, y llevando a Fernanda del brazo para que no fuera a tropezar, Aureliano Segundo apenas pudo corresponderle con un saludo de la mano, cuando la hija le mandó un beso con la punta de los dedos. Los esposos permanecieron inmóviles bajo el sol abrasante, mirando cómo el tren se iba confundiendo con el punto negro del horizonte, y tomados del brazo por primera vez desde el día de la boda.

El nueve de agosto, antes de que recibiera la primera carta de Bruselas, José Arcadio Segundo conversaba con Aureliano en el cuarto de Melquíades, y sin que viniera a cuento dijo:

—Acuérdate siempre que eran más de tres mil y que los echaron al mar.

Luego se fue de bruces sobre los pergaminos, y murió con los ojos abiertos. En ese mismo instante, en la cama de Fernanda, su hermano gemelo llegó al final del prolongado y terrible martirio de los cangrejos de hierro que le carcomieron la garganta. Una semana antes había vuelto a la casa, sin voz, sin aliento y casi en los pueros huesos, con sus baúles trashumantes y su acordeón de perdulario, para cumplir la promesa de morir junto a la esposa. Petra Cotes lo ayudó a recoger sus ropas y lo despidió sin derramar una lágrima, pero olvidó darle los zapatos de charol que él quería llevar en el ataúd. De modo que cuando supo que había muerto, se vistió de negro, envolvió los botines en un periódico, y le pidió permiso a Fernanda para ver el cadáver. Fernanda no la dejó pasar de la puerta.

—Póngase en mi lugar —suplicó Petra Cotes—. Imagínese cuánto lo habré querido para soportar esta humillación.

—No hay humillación que no la merezca una concubina —re-



plicó Fernanda—. Así que espere a que se muera otro de los tantos para ponerle esos botines.

En cumplimiento de su promesa, Santa Sofía de la Piedad degolló con un cuchillo de cocina el cadáver de José Arcadio Segundo, para asegurarse de que no lo enterraran vivo. Los cuerpos fueron puestos en ataúdes iguales, y allí se vio que volvían a ser idénticos en la muerte, como lo fueron hasta la adolescencia. Los

viejos compañeros de parranda de Aureliano Segundo pusieron sobre la caja una corona que tenía una cinta morada con un letrero: *Apártense vacas que la vida es corta*. Fernanda se indignó tanto con la irreverencia, que mandó a tirar la corona en la basura. En el tumulto de última hora, los borrachitos tristes que los sacaron de la casa confundieron los ataúdes, y los enterraron en tumbas equivocadas.



